

TODOS CREÍAN CONOCER A HATTIE HOFFMAN.
CUANDO FUE ASESINADA, DESCUBRIERON LO
EQUIVOCADOS QUE ESTABAN.

TODOS MIENTEN MINDY MEJIA



MINDY MEJIA

TODOS MIENTEN

Traducción de Albert Vitó i Godina

 Planeta

Titulo original: *Everything you want to be*

© Mindy Mejia , 2016

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canción del interior:

Página 170: © *Don't Stop Believing*, 1978, 1979, 1980, 1981, 1982, 1983, 1985, 1986, 1996, 2006 Sony Music Entertainment, interpretada por Journey

Primera edición: octubre de 2017

ISBN: 978-84-08-17710-4

Depósito legal: B. 16.275-2017

Composición: Víctor Igual, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

HATTIE

Sábado, 22 de marzo de 2008

Lo de huir de casa ha sido una decepción.

Ahí estaba yo, en el lugar que tanto anhelaba durante las clases de matemáticas: frente al panel de salidas del aeropuerto de Minneapolis, y hasta el último detalle era justo como había imaginado. Iba vestida como siempre que voy de viaje: *leggings* negros, bailarinas y un jersey de color crema enorme que se me tragaba las manos y conseguía que mi cuello pareciera más largo y delgado que de costumbre. Llevaba una preciosa maleta de cuero y el dinero suficiente para volar a cualquier lugar que pudiera imaginar. Podía viajar a donde me diera la gana. Podía hacer lo que me diera la gana. Entonces ¿por qué me sentía tan atrapada?

Me he escabullido de casa a las tres de la madrugada, y la nota que he dejado sobre la mesa de la cocina sólo decía: «Volveré más tarde. Os quiero. Hattie».

Por supuesto, «más tarde» significaba en cualquier momento a partir del instante en el que leyeran la nota. Diez años más tarde, tal vez. No lo sabía. Quizá nunca deje de dolerme. Quizá nunca consiga alejarme lo suficiente. La parte de «Os quiero. Hattie» ha quedado un poco forzada. Mi familia no es de las que van dejando notas cariñosas por la casa, pero incluso si llegaban a sospechar algo, ni en un millón de años se les ocurriría pensar que estaría volando por todo el país.

Casi podía oír la voz de mi madre. «Eso no va con Hattie. ¡Por el amor de Dios, si quedan menos de dos meses para la graduación! Además, tiene el papel de Lady Macbeth en la obra del instituto y sé lo entusiasmada que está al respecto.»

He apartado esa voz imaginaria y he repasado los destinos del panel de salidas con la esperanza de notar la euforia que había previsto sentir cuando por fin consiguiera marcharme de Pine Valley. Sólo he viajado en avión una vez, cuando fuimos a Phoenix para visitar a unos parientes. Recordaba que había un montón de botones y luces en el asiento y que el baño parecía una nave espacial. Que yo quería pedir algo para comer pero mamá llevaba dulces de fruta seca en el bolso y no nos dejó comer nada más, sólo unos cacahuetes que yo ni siquiera llegué a probar. Greg sabía que no me gustaban los frutos secos y se comió mi parte. Pero me pasé el resto del viaje enfadada, por-

que estaba bastante segura de que los cacahuets del avión sí me habrían gustado. Habían pasado ocho años desde entonces.

Ése iba a ser mi segundo vuelo, el que me llevaría a mi segunda vida.

Y no me habría quedado allí plantada, tan paralizada y abatida, si hubiera encontrado un asiento libre en alguno de los vuelos con destino a La Guardia o al JFK. Ése era el problema de haber tomado la decisión de huir de forma impulsiva el día anterior a las vacaciones de Pascua. El aeropuerto parecía unos grandes almacenes el primer día de rebajas, y las colas para pasar el control de pasajeros llenaban hasta el final los laberintos de cintas. El primer vuelo a Nueva York con plazas era el lunes a las seis de la madrugada, pero eso implicaba esperar demasiado tiempo. Tenía que salir de ese estado ese mismo día.

Podía volar a Chicago, pero me parecía demasiado cerca de casa y demasiado lejos de la costa Este. Dios, ¿por qué no había ningún asiento libre para ir a Nueva York? Sabía exactamente qué lanzaderas tenía que coger en los dos aeropuertos, los hostales en los que me alojaría, cuánto costaban y cómo se llegaba hasta la estación de metro más cercana. Me había pasado un montón de horas conectada a internet para memorizar la ciudad de Nueva York, hasta el punto de que vivía como si ya me hubiera mudado y tenía asumido que iba hacia allí cuando me he marchado de

casa de madrugada. Sin embargo, en esos momentos estaba bloqueada frente al panel de salidas, intentando elegir un destino aceptable como segunda opción. Si no podía ir directamente a Nueva York, al menos necesitaba aproximarme un poco. Había un vuelo a Boston a las dos y veinte del domingo. ¿Cuántos kilómetros habría entre Boston y Nueva York?

Sabía que era una tontería, pero de todos modos me he pasado el rato mirando hacia las puertas por las que no paraba de entrar gente cargada con montañas de maletas, con las llaves, las carteras y los billetes de avión en las manos. Nadie vendría para intentar detenerme. De hecho, nadie sabía que estaba allí. Y aunque lo hubieran sabido, ¿le habría importado a alguien? Aparte de mis padres, no había nadie más que me quisiera lo suficiente para molestarse en irrumpir por aquellas puertas gritando mi nombre, desesperado por verme antes de que me marchara.

He intentado no llorar mientras me acercaba al mostrador para comprar el vuelo para Boston. Una mujer bronceada y demasiado dicharachera me ha dicho que quedaba un asiento en la clase turista.

—Lo quiero.

Costaba setecientos sesenta dólares, más de lo que he gastado jamás en nada, aparte del ordenador. Le he dado el carné de conducir junto con ocho billetes novecitos de cien dólares, procedentes del terrible sobre con el que había empezado todo aquello. Sólo me que-

daban dos más. Los he observado un rato y me han parecido pequeños y solitarios dentro de aquel gran espacio blanco. No me los podía meter en la cartera, hasta el último centavo que llevaba en ella me lo había ganado con mi propio esfuerzo y no quería que ese dinero estuviera en contacto con el contenido del sobre. Perdida en otra oleada de depresión, creo que no he oído lo que la mujer me ha dicho a continuación.

—¿Señorita? —Cuando me he dado cuenta, estaba inclinada hacia mí, era evidente que intentaba captar mi atención.

Un hombre se había acercado a ella y los dos me miraban como en esos sueños en los que el profesor te hace preguntas y tú ni siquiera sabías que habían puesto deberes.

—¿Para qué tiene que ir a Boston? —ha preguntado el tipo mientras se fijaba en mi pequeña maleta.

—Voy a una fiesta de pijamas. —Me ha parecido una respuesta bastante ingeniosa, pero ninguno de los dos se ha reído.

—¿Tiene algún otro documento con el que pueda identificarse?

He rebuscado por el bolso y he sacado el carné de estudiante. El tipo le ha echado un vistazo y luego ha vuelto la mirada hacia el ordenador.

—¿Sus padres saben dónde está?

He recibido la pregunta con cierto pánico, a pesar de ser consciente de que desde el punto de vista legal ya

era adulta. Se me han ocurrido unas cuantas historias: podía decir que mis padres ya me estaban esperando en Boston, o tal vez sólo mi padre. Que se había separado de mi madre y me había mandado el dinero a última hora para que fuera a pasar las vacaciones de Pascua con él. O también podía optar por el camino más corto y explicar que era huérfana. Sin embargo, las lágrimas lo han evitado. La emoción me ha obstruido la garganta y no he sido capaz de aclarármela. Menos aún cuando me he dado cuenta de que ya sospechaban de mí. Puesto que no podía controlar mis sentimientos, he llegado a la conclusión de que lo mejor sería darles rienda suelta.

—¿Por qué no se ocupan de sus asuntos?

La clienta indignada. El aeropuerto me ha parecido un buen escenario para ese papel.

La gente que esperaba detrás de mí ha dejado de refunfuñar para atender al espectáculo que acababa de empezar.

—Mire, señorita Hoffman, hay ciertos protocolos que debemos seguir en el caso de las compras en efectivo de billetes para el mismo día, sobre todo si se trata de billetes sólo de ida. Me veo obligado a pedirle que me acompañe mientras lo resolvemos.

No estaba dispuesta a que me encerraran en algún despacho de la seguridad nacional para llamar a mis padres y empeorar mil veces más ese día. ¿Y si era posible descubrir quién había retirado el dinero del so-

bre? ¿Existía alguna manera de saber algo así? He alargado la mano y he recogido el dinero y el carné que habían quedado sobre el mostrador.

—Entonces yo me veo obligada a pedirle que se meta ese billete de avión por el culo.

—¿Llamo a seguridad? —La mujer, que de repente había dejado de ser tan dicharachera, ha descolgado el teléfono y ha empezado a marcar un número sin esperar respuesta.

—No se moleste. Ya me marchó. ¿Lo ve?

He recogido el bolso y me he secado las lágrimas de los ojos con el dorso del puño en el que llevaba todo el dinero arrugado, convertido en una bola humedecida por el sudor.

—¿Por qué no se calma, señorita Hoffman? Nosotros...

—¿Por qué no se calma usted? —le he espetado, con una mirada furiosa—. No soy una terrorista. Siento mucho que no quiera aceptar mis ochocientos dólares por una mierda de asiento para volar a Boston.

Desde la cola, alguien ha soltado una exclamación de ánimo, pero el resto de la gente se ha limitado a observar cómo me alejaba tirando de la maleta, seguramente intentando adivinar qué clase de bomba pretendía meter en el avión. «Hay gente para todo, Velma. Fíjate. No lo habrías dicho nunca de una chica así, ¿verdad?»

He ido corriendo hacia el aparcamiento y ni siquiera sé cómo he llegado a la camioneta y he pagado

para poder salir. Estaba muy ofuscada. El corazón me latía a toda prisa y no hacía más que mirar atrás, con la paranoia de que algún guardia de seguridad pudiera estar siguiéndome. Ya en la autopista, me he echado a llorar, y las manos me temblaban tanto que he estado a punto de chocar contra un monovolumen. Había pasado media hora cuando me he dado cuenta de que estaba regresando a Pine Valley. Había dejado atrás el área metropolitana de las ciudades gemelas y los campos sin cultivar se extendían hasta donde me alcanzaba la vista.

Cosas que pasan cuando te permites el lujo de necesitar a alguien.

Te enamoras y entonces te conviertes en un montón de mierda.

Al inicio del último curso de instituto, en otoño, me había sentido feliz, libre y despreocupada. Esa Hattie estaba preparada para comerse el mundo y era justamente eso lo que me había propuesto. ¡Joder, podría haber conseguido cualquier cosa! Cuando volvía en coche, en cambio, me sentía patética y no podía parar de sollozar. Me había convertido en la chica que siempre había odiado.

De repente, la radio ha dejado de sonar y las luces del salpicadero han comenzado a parpadear. Maldita sea. El pánico se ha apoderado de mí cuando han empezado a adelantarme coches y he tomado el primer desvío: un camino de grava que separaba dos campos.

He levantado el pie del acelerador y he dejado que la camioneta llaneara hasta detenerse. Cuando he puesto el freno de mano, el motor ha tosido y ha escupido un último suspiro antes de morir. He intentado darle a la llave para arrancar el motor de nuevo. Nada. Me he quedado tirada en medio de ninguna parte.

Me he dejado caer en los asientos y he estado llorando sobre la tapicería arañada hasta que me han venido ganas de vomitar y me he obligado a salir de la camioneta enseguida para verter en la cuneta poco más que café y ácidos gástricos.

El viento fresco que azotaba los campos me ha secado el sudor que había aflorado en mi frente y ha contribuido a que se me pasara el mareo. Me he apartado del vómito y me he sentado en la cuneta sin preocuparme por la humedad del suelo que me empapaba los pantalones y las bragas.

He permanecido allí un buen rato; tanto, que ya ni siquiera notaba el frío. Tanto, que me he quedado sin lágrimas y éstas han dado paso a algo distinto.

Estaba completamente sola con la única excepción de los coches que circulaban por la autovía y, por primera vez en la vida, he tenido la sensación de que no quería estar en ningún otro lugar del mundo. No quería sentirme atrapada en un asiento de un avión abarrotado, volando hacia una ciudad desconocida en la que no tuviera adónde ir una vez aterrizase. No quería estar sobre un escenario, con los fo-

cos encendidos y el auditorio lleno de un público pendiente de todos y cada uno de mis movimientos. No quería estar tendida en mi cama, sola, mientras mamá preparaba una comida que mi estómago no estaba listo para ingerir. Había algo consolador en los terrenos inhóspitos que me rodeaban, en los campos vacíos bordeados por árboles deshojados y las zonas en las que la nieve se obstinaba en resistir el deshielo.

Nadie sabía que estaba allí y, de repente, constatarlo me ha parecido maravilloso. Podría habérselo dicho durante toda mi vida a todas las personas que he conocido —«Nadie sabe que estoy aquí»—, y se habrían reído, habrían puesto los ojos en blanco y me habrían dado palmaditas en la espalda. «Ya empezamos», dirían. Pero era cierto: me había pasado la vida interpretando papeles, siendo lo que los demás querían que fuera, centrada en los que me rodeaban a pesar de que por dentro siempre me había sentido como si estuviera sentada en aquel lugar: acurrucada en medio de una pradera yerma, interminable, sin un alma que me hiciera compañía. En esos momentos el lugar coincidía por fin con mis propósitos y todo cobraba sentido. Todo encajaba, como en las películas en las que la heroína se da cuenta de que está enamorada de ese tipo tan estúpido, o de que puede conseguir ese sueño inalcanzable tan típicamente americano; entonces el volumen de la música sube y ella sale con paso

firme de una habitación cualquiera. Ha sido algo así, aunque sin banda sonora. Seguía sentada en medio de ninguna parte, pero todo lo que sentía por dentro había cambiado de repente.

Me parecía oír la voz de mi madre de nuevo. He recordado lo que me dijo anoche mientras yo lloraba sobre su hombro y ya tenía bastante con lo mío como para escucharla o comprender lo que me indicaba.

«Baja del escenario, cariño —me dijo—. No puedes vivir como si estuvieras actuando para la gente, porque sólo conseguirás que se aprovechen de ti. Tienes que conocerte a ti misma y descubrir qué quieres. Yo no puedo hacerlo por ti. Nadie puede hacerlo por ti.»

Ahora sabía perfectamente quién era, tal vez por primera vez en la vida, y sabía perfectamente lo que quería y lo que tenía que hacer para conseguirlo. Ha sido un momento de lucidez. Como cuando te despiertas de un sueño en el que pensabas que todo era verdad y luego te das cuenta de que el mundo real aparece con más claridad a tu alrededor. Me he levantado, dispuesta a dejar atrás para siempre a esa patética niña llorosa. A tomar por culo.

Había embutido la vieja cámara de vídeo de Gerald en lo más alto de la maleta. La he sacado, la he colocado en la parte trasera de la camioneta y he pulsado el botón rojo para empezar a grabar en una cinta nueva después de situarme frente a la lente.

—Bueno, hola. —Me he secado los ojos y he respirado hondo con el diafragma, como Gerald me había enseñado—. Soy yo. Me llamo Henrietta Sue Hoffman.

Y cuando por fin me marchara de Pine Valley, nadie olvidaría jamás quién era yo.